

ENTRE LA BOMBA Y LA INDIFERENCIA

SE dice que España está crispada: y es verdad. Se dice que España está indiferente, y también es verdad. Hay dos polos en el país, que van desde una tensión que lleva al terrorismo, al golpismo, a las solicitudes de alzamiento y las manifestaciones cuyos últimos flecos cometen desmanes de todas clases hasta el del pasotismo, como muestra suprema del desencanto y de la disconformidad con todo. No son solamente males españoles: los dos extremos se están dando en la Europa occidental, sobre todo en la Europa del Sur, y aparte del ya conocido punteo de bombas, ametralladoras y pistolas, se están haciendo denuncias concretas de la marginación voluntaria de las nuevas generaciones. Lo cual tampoco es una novedad: ya el "existencialismo" —como movimiento sociológico—, o los "beatniks" y los "hippies" supusieron en varios momentos de la Historia y del mundo occidental esta forma de reacción.

PERO en España el contraste es demasiado duro, sobre todo en unos momentos de creación de una nueva sociedad. Podríamos, abstrayendo mucho el tema, decir que los dos extremos —sin, naturalmente, hacerlos comparables: tienen medidas distintas— proceden de una misma causa: una falta de canalización de ciertas necesidades, una falta de realismo en la organización de la sociedad, que deja cada vez mayor número de marginados. Que la juventud se apunte al "pasotismo" será dañino y grave, pero no incomprensible desde el momento en que sabemos que hace muchos años están fallando los cauces naturales de sus aspiraciones: desde el derecho al trabajo, y que este trabajo esté bien remunerado y no se tome sólo como una especie de castigo bíblico, incluyendo en ese derecho que su trabajo tenga un sentido y que la organización en que trabaje —agrícola, empresarial, comercial o de la índole que sea— no tenga una jerarquización fascista e impermeable, que cierre horizontes, hasta la enseñanza, desde la primaria, donde reina el caos, hasta la universitaria, que prácticamente ha dejado de existir. Problemas de enseñanza que no sólo afectan a los numerosos clausos, las aulas estrechas, el profesorado absentista y mal tratado, sino los mismos programas, arcaicos y privados de realismo: y que llega hasta la titulación final, que no hace más que aumentar una clase selecta de parados, salvo para aquellos que por el consiguiente apoyo familiar están en condiciones de comenzar la vida profesional. Las costumbres están igualmente cerradas, la permisividad es más tímida que de derecho, las censuras son constantes. Cuando esto sucede sin que las quejas y las protestas de muchos años hayan conseguido nada, y sin que las apariencias de cambio de régimen se hayan reflejado en las vidas privadas, la posición menos criticable es la del abandono, la de la indiferencia, la de la incredulidad. Cuando se culpa a estas generaciones, que no van siendo solamente ya las más jóvenes, se comete una injusticia: se debe estar condenando también las causas que las producen.

UNA de las quejas que se escuchan con más frecuencia ahora es la de que el Estado o el Gobierno, o las Cortes o los partidos políticos, han vuelto a crear aquel famoso vacío entre el país oficial y el país real al que se hacía referencia en tiempos del franquismo. Hay, probablemente, mucho de auténtico en esto: la política se ha profesionalizado hasta el punto de que parece un fin en sí misma, en lugar de un medio. Solo que en este caso y en estos momentos, no se puede atribuir al Estado, al Gobierno, las Cortes o los partidos un papel providencial y partanal, sino que debemos ser conscientes de que han de estar influidos por nosotros mismos. No nos



No nos preguntemos qué hace la democracia por nosotros, sino qué hacemos nosotros por la democracia.

preguntemos qué hace la democracia por nosotros, sino qué hacemos nosotros por la democracia. Y que se debe considerar que si una forma de destruirla es a fuego y a sangre, otra forma de destruirla también es con una actitud negativa, de desdén o de una especie de autismo que nos impide comunicar con ella.

EN la época franquista, los mecanismos de seguridad para evitar la penetración del aparato de la dirección del régimen por la voluntad popular eran excesivos, incluso gigantescos. Y, sin embargo, existía una resistencia. La sociedad opositora mostraba una actitud mayor, y aunque a veces fuera sólo una actitud moderada y prudente, para evitar caer en trance de represión, era una actitud que existía. No deja de ser curioso que cuando estos mecanismos se han relajado se esté percibiendo una indiferencia mayor, y una especie de nostalgia del paternalismo que justificaba muchas abstenciones.

UNA España crispada, una España indiferente... ¿Otra manera de ver las "dos Españas", o una manera de ver una misma España? Esta España de los extremos puede helar el corazón a una democracia que no se ha sabido hacer comprender fácilmente, que ha andado con miedos, con titubeos, con gaitas templadas y medias tintas, y que ha permitido que el país se esté encontrando sin más respuestas que las negativas.

CONSTITUCION.

Para 36 millones de españoles.

Tu derecho es votar. Vota libremente.

6 de diciembre Referéndum Nacional.



Votar o no votar, votar sí o votar no, se ha convertido en algo más que un simple acto ritual.



Que la juventud se apunte al "pasotismo" será dañino y grave, pero no es del todo incomprensible.

PARECE que no es tarde. Parece que los acontecimientos de los últimos días, una forma de negativismo activo, está alertando a los que esperaban que el Gobierno de este país se lo diese ya todo hecho. Hay unas vísperas de referéndum: están siendo dramáticas, pueden llegar a serlo aún más, y estamos frente a una prueba que puede considerarse como muy importante. Votar o no votar, votar sí o votar no, se ha convertido en algo más que en un simple acto ritual que hay que cumplir. Puede ocurrir que el mismo hecho de decidirse a votar una Constitución mal hecha, en la que la vida real del país apenas traspasa una capa de verbosidad mal utilizada y de eufemismos poco explícitos tenga, al fin, un cierto sentido: el sentido de formar en una oposición contra la oposición más negativa que puede existir.

LA conciencia de la España de la indiferencia puede dar una respuesta concreta a la España de la bomba y del desmán, a la España de la espada de Damocles eternamente colocada sobre nuestras cabezas. Debe meditar en estos días que hay una forma de "pasotismo" que no es solamente la de una juventud abandonada y marginada, sino la de muchos adultos que están perplejos y que no ven con claridad las situaciones por venir. Deben reflexionar estos adultos en que la democracia son ellos mismos, y que su defensa, y no sólo ante las urnas, sino ante los problemas de la vida diaria, es un riesgo que están corriendo ellos mismos y que están haciendo correr a la generalidad del país. ■

LoS CoNteM poRa nEoS

NO CREA USTED EN SI MISMO. NI EN LOS DEMAS

Cómo los izquierdistas de toda la vida se aprestan a votar una Constitución monárquica, cómo los monárquicos de siempre están dispuestos a votar en contra, cómo quienes odian toda su vida el sistema de referéndum porque es antidemocrático y un arma autocrática lo defienden ahora a capa y espada y cómo los que supieron utilizarlo para escamotear la democracia lo están negando son algunos de los capítulos más interesantes del desarrollo político español actual.

Todo tiene, bien visto y bien analizado, sus razones. Pero todo ayuda también a crear un español confuso y atónito que se va quedando descerebrado ante tanta pequeña y grande rareza, y tanto golpe de Estado, y tanto periodista por el camino triste del Juzgado de guardia, mientras los grandes ultras asoman su rostro a la pantalla de la televisión, cuando ni siquiera tienen representación parlamentaria; los ultras que, odiando los partidos, se convirtieron en uno; renegando las elecciones, se presentaron a ella, y, enemigos del Parlamento, lo añoran, mientras los parlamentaristas, sufragistas de toda la vida se encuentran incómodos con partidos, Parlamento y elecciones.

¡Felices aquellos tiempos en que se podían tener ideas para toda la vida! Los fabricantes de muebles le decían a uno que sus productos le durarían hasta la muerte, los sastres aseguraban que sus trajes serían tan eternos como la piel, los zapateros vendían zapatos irrompibles y los ideólogos nutrían al ciudadano ideas que "mamaba" —se solía decir— de sus padres y le acompañaban hasta la tumba. Todavía quedan algunos de esos viejos ejemplares, últimos dípteros en el camino triste de la extinción.

La sociedad de consumo realiza objetos fugaces, para que uno no se aburra de verlos demasiado tiempo, para que uno los cambie antes de que se estropeen, por otros que son iguales, pero al mismo tiempo son distintos. Es la sociedad de consumo. La política de consumo nos fabrica coyunturas, oportunidades, tácticas y estrategias que nos sirven para el día. Vamos viviendo al día, sin tiempo para pensar un futuro. Se han roto las perspectivas, se han desmenuzado los programas vitales. Pensamos al día una verdad, nos aferramos a ella. Mañana no nos servirá. Nos darán otra antes de que se haya estropeado la nuestra: no estaremos seguros de si es la misma levemente modificada con alguna lucecita más, un cambio de carrocería y un delicado cenicero, como pasa con los coches que cambiamos.

Ellos, los grandes, nos van dando su lección. Aquel, este político que juraba que sabía por dónde tentamos que ir, nos dice hoy que ya lo sabe mejor, y que tenemos que ir por otro camino para llegar al mismo sitio. ¿A qué sitio? A la felicidad por esta tierra. Poco más o menos, todos nos indican el mismo final de recorrido. Extraño maratón.

Asumamos nuestras contradicciones. Seamos lo contrario de lo que somos para poder ser lo que somos; traicionémonos un poco para poder ser leales con nosotros mismos.

Parece que así va funcionando la vida, ahora, en España. Y en el resto del orbe, donde sólo siendo maoísta se puede borrar el recuerdo de Mao, donde sólo siguiendo la senda de los derechos humanos de Carter se puede machacar los derechos humanos en Irán. ■

POZUELO